

Bajo los tablones

Barrios Borghini
(Uruguay)¹

—Pa', no sé bo... ¿es seguro?

Todo me daba vueltas. La botella de cerveza se me resbalaba de la mano mientras, al trotecito, intentaba seguirle el paso a mi compañero. Él había tomado más que yo, pero la cocaína lo colocó a un nivel de energía del que yo no era capaz, y lo hacía caminar apresurado, con los brazos rígidos, manos en los bolsillos y hombros encogidos.

—Dale vení, es re seguro, te lo juro, ya fui mil veces; es caro pero vas a agradecerme toda la vida...—. Y lo siguiente que dijo fue un galimatías incomprensible.

Doblamos una esquina y se metió por el jardín de una casa. La reja estaba abierta. Yo lo seguí a los tropezones; la música de la discoteca todavía me reverberaba en el cerebro. Mi compañero se quedó tocando a la puerta ininterrumpidamente, al menos durante treinta segundos. Abrió una chica. Nos escaneó con cara de pocos amigos, masticando un chicle, y levantó una de sus cejas dibujadas.

—Venimos a ver al doctor; yo hablé con él hoy de tarde, nos está esperando...

La joven se apartó y nos dejó pasar. La casa por dentro estaba oscura y mal ventilada, y el olor a podredumbre era insoportable. Nos guió por un piso de madera crujiente y abrió una puerta bajo las escaleras que daban al segundo piso. El camino hacia el sótano emergió ante nosotros: escalones que morían en la inescrutable oscuridad, misteriosos y siniestros. Mi amigo se zambulló en las tinieblas, bajando la escalera a la velocidad de sus frenéticos pensamientos. Yo fui más precavido, puesto que no podía verme ni las manos.

1. Nació en Montevideo, el 2 de setiembre de 1992. Arquitecto recibido de la Universidad de la República, escritor y músico. Con varios cuentos publicados abrió su camino ganando convocatorias internacionales en Colombia, México y Argentina. Escribe ciencia ficción y misterio desde la simpleza, sin mucha filosofía, con el objetivo de lograr un cuento entretenido al mejor estilo de las viejas revistas pulp. Bajista de la banda de punk rock La Tres Acordes, con quienes se presenta desde el año 2011 en la escena under de Montevideo y llevan publicados un disco y dos EPs.

La luz de una bombilla incandescente que colgaba del techo se prendió de repente. Iluminaba una silla en medio del sótano. A un costado, había una mesa de madera con sierras, bisturís y bandejas de metal oxidadas. Unos pasos en las escaleras nos pusieron alerta.

—Buenas noches –saludó un tipo desaliñado, con sombra de barba y una camiseta manchada–, soy el doctor. Pónganse cómodos, empezaremos en un segundo.

Mi compañero se tiró en la silla, que crujió bajo su peso. “Yo, yo, yo primero”, decía aferrándose al asiento. Bruxaba con los ojos desorbitados, rígido y levantando los pies.

—Vos estás pasado, botija, tranquilizate un poco primero. Así no te voy a intervenir –dijo el doctor, poniéndose unos guantes de látex–. Tu amigo primero, que está más calmado, vamos.

Mi amigo saltó de la silla y me tiró del brazo, empujándome con impaciencia.

—Pará, no estoy seguro –dije, sentándome–. ¿Cómo es el procedimiento?

—Nada que no haya hecho antes, vos tranquilo. –El doctor me tiró la cabeza hacia atrás para verme las pupilas a la luz cálida de la lámpara. Su aliento olía a vino barato.

—¿Me va a doler?

—No, voy a usar anestesia local –sus dedos recorrían mi cabeza, como buscando un punto específico–, te voy a rapar esta zona y aplicar la anestesia. Luego, con un bisturí, corto la piel, la aponeurosis y el periostio...

Me sobresalté cuando prendió la rasuradora eléctrica. Algo raro había en ese tipo. Se me acercó pateando lo que sonaban como botellas vacías y empezó a rasurarme la coronilla.

—Luego, con la sierra, serruchamos el cráneo –continuó–, cortamos la duramadre y la piamadre y las sostenemos con unas pinzas. Luego, presionamos con la espátula en el mesencéfalo... y *voilà*.

—¡Te re pega, amigo! –gritó mi compañero desde un oscuro rincón, en el que se había echado a terminarse mi cerveza. El doctor lo fulminó con la mirada de advertencia antes de continuar.

—El mesencéfalo es donde se ubica el área tegmental ventral, el grupo de neuronas conectado a los centros de placer más profundos del cerebro humano –apagó la

rasuradora, se puso un barbijo y me roció la cabeza con un *spray*-. Cuando lo estimulamos, vas a sentir placer como nunca antes en tu vida, botija.

—¿O sea que no me va a doler? –El doctor soltó el *spray* en el piso y, mirándome con impaciencia, tomó el bisturí de la mesa.

Tenía una mini aspiradora que succionaba la sangre. Los cortes de la piel no dolieron, pero la sensación era desagradable, como si cortara una goma, yo era de goma, y sentía pedazos de mí desprenderse como un chicle. Tomó la sierra y empezó a serruchar el cráneo. Mi cabeza se movía al compás de la sierra, sentía un dolor agudo que me bajaba por el cuello hasta las palmas de las manos, por las piernas, una sensación de aplastamiento en toda mi cabeza, tímpanos y ojos. Un frío gélido me pinchó en la zona e invadió todo mi cuerpo al retirar el pedazo de hueso. Lo siguiente que cortó se sintió como si rajara una seda delicada, finita, dejando una sensación angustiante de irreversibilidad.

—¿Estás listo? –dijo el doctor-. Cuenta hasta cinco.

—Uno, dos, tres, cua...

Un espasmo me hizo saltar de la silla. Me aferré al asiento apretando las piernas, con una erección que parecía me arrancarían los botones del pantalón. Otra vez apretó, la segunda fue aún mejor. El calor emergió de mi pecho, recorrió en oleadas cada centímetro de mi cuerpo. Sentía una hipersensibilidad al aire que me rozaba, a la ropa puesta, quería quitarme todo, revolcarme y eyacular como nunca en mi vida. Jadeé. Grité. Pegué una carcajada y de la nada, me puse a llorar.

—Uy, ¿qué toqué?... –dijo el doctor.

No podía parar de llorar y no sabía por qué. Comencé a pegar gritos de angustia, me llevé las manos a la boca. El maldito doctor revolvía esa espátula en mis sesos como cocinando un estofado. “Quédate quieto” me decía. Yo pensé en correr, en gritar, en que por favor me matara y terminara con todo este calvario. Y de repente, todo quedó a oscuras.

Y caí. No caí del asiento ni mucho menos, caí en un vacío. Un vacío cósmico. Flotaba libre en la oscuridad, con la liviandad de una pluma. Entonces los vi. Era el doctor parado a la luz de una lámpara, moviéndose en torno a un cuerpo tieso y sentado. El cuerpo era yo. La sangre me corría por los costados, chorreaba en mi cara y en mi ropa, puesto que el aspirador rodaba en el suelo junto con las botellas de vino. Una masa viscosa y rosada asomaba entre mi pelo. El doctor, desesperado, la presionaba con una espátula. Mi amigo, en un rincón, dormía. Vi el sótano, húmedo y mohoso. Floté a través del techo. Llegué a la primera planta y vagué por el resto de la casa. La chica que

nos abrió se masturbaba en la cocina, de pie y encorvada contra una mesada de granito. Por supuesto, no reparó en mi presencia. Subí más. La planta alta estaba vacía, tenía muchas habitaciones. Una de ellas era la más descuidada; el empapelado de las paredes estaba rasgado, las ventanas rotas y los tablones del piso levantados. Uno de esos huecos en el piso me devolvió la mirada.

La vi. Una cara blanca asomaba bajo los tablones. Boca abierta, ojos fijos y una molla violeta, descompuesta y maloliente, asomaba por su cabeza partida. Me acerqué flotando, vi sus dientes marrones, su lengua, y noté que no era la única. Varios cuerpos yacían escondidos en el entrepiso, desnudos, tiesos y comidos por la cal.

De sopetón, aparecí de nuevo en mi silla. El doctor jadeaba, se quitó los guantes y se sentó en el piso a descansar. Mi compañero me clavaba una mirada de espanto, parado y agarrándose la cabeza.

* * *

Pasaron unos meses y ya me estoy retirando las vendas. Me esforzaba en tratar de darle un sentido a mi experiencia, pero era inútil. Leí varios artículos en Internet, donde explicaban que existen ciertas zonas del cerebro que, al estimularlas, producen una experiencia extracorpórea y te ves flotando fuera de tu cuerpo. Aseguran que no es más que una recreación subconsciente de tu entorno. Sin ir más lejos, a mi compañero lo vi dormido cuando en realidad estaba parado y pendiente de mi intervención. La mente se manifiesta de formas fascinantes, supongo que se trató simplemente de un sueño. No sé. Habría que preguntarle a los que se esconden bajo los tablones.